

MASACRE DE LA FINCA SAN FRANCISCO. HUEHUETENANGO. GUATEMALA, 17 DE JULIO DE 1982

Ricardo Falla

RESUMEN

Ha corrido tanta sangre en Guatemala que el público internacional a quien el pueblo guatemalteco le pide su solidaridad se ha embotado con tanto número y nombre desconocido. Por eso, Ricardo Falla documenta y analiza la masacre de la finca San Francisco. Así el lector puede imaginar cómo han sido las otras masacres. El autor lleva al lector de la mano de dos testigos sobrevivientes de la masacre a través del límite de lo increíble. Al principio, para los testigos no era evidente que el ejército los fuera a asesinar; pero más tarde, en un proceso cognoscitivo ante la realidad aplastante, fueron cayendo en la cuenta de que la muerte era una realidad insoslayable. En un tercer momento, los sobrevivientes experimentaron la liberación maravillosa de la muerte. En este artículo, con una habilidad inigualable, se demuestran en un caso concreto las potencialidades de la antropología para la solidaridad con los pueblos reprimidos. El estudio fue presentado por su autor a la American Anthropological Association en su reunión anual en diciembre de 1982.

Queremos presentar la documentación y análisis de la masacre de la finca San Francisco, municipio de Nentón del departamento de Huehuetenango, Guatemala, acaecida el 17 de julio de 1982 a manos del ejército del gobierno del General Efraín Ríos Montt. Las siguientes razones nos han movido a ello.

Primero, desde que tomó el poder Ríos Montt por golpe de Estado de una junta el 23 de marzo de 1982 hasta principios de agosto, que es cuando comienza a filtrarse hacia México (**El Día**, 6 de agosto de 1982) la noticia de San Fran-

cisco, se han denunciado muchas y crueles masacres. Por ejemplo, para mencionar las que implican la muerte de más de 50 personas: 23 de marzo en Parraxtut, El Pajarito, Pichiquil, entre Quiché y Huehuetenango, 500 personas y más; 24 a 27 de marzo en Las Pacayas, Chisirám, El Rancho, Quixal y otras aldeas de San Cristóbal, Alta Verapaz, 100 gentes; del 28 de marzo al 10 de abril en la Estancia de la Virgen, Choatalún, Chipilá y otras aldeas de San Martín Jilotepeque, Chimaltenango, 250 gentes; del 30 de marzo al 2 de abril en Chinique, Quiché, 55 personas; del 3

al 5 de abril en El Mangal, Chajul, Quiché, más de 100 personas; el 15 de abril en Río Negro, Rabinal, Baja Verapaz, 173 personas (más de 100 niños y 73 mujeres); el 18 de abril en Macalbaj, Quiché, 54 personas; el 20 de abril en Josefinos, La Libertad, Petén, 100 personas; el 29 de abril en Palestina, La Libertad (parece que Petén), más de 100; del 17 a 22 de abril en Xesic, Chocamán, Chitatul, Chajbal y otras aldeas de Santa Cruz Quiché, Quiché, 67; el 29 de abril en la aldea 4o. Pueblo, Quiché, 200; el 21 de mayo en Sajquiyá, Chichicastenango, Quiché, 110; en junio, en Pampach, Tactic, Alta Verapaz, 100; en junio también, en Chisec, Alta Verapaz, 160 familias; el 14 de julio en Xepocol, Chichicastenango, Quiché, 52; el 20 de julio en San Miguel Acatán, Huehuetenango, 200; el mismo día en Santa Teresa, Huehuetenango, 60; el 24 de julio en Lacaná II, Chichicastenango, Quiché, 65; el 31 de julio en Lacaná I y Lacaná II, Chichicastenango, 61; en los últimos días de julio, en diversos poblados de Huehuetenango se afirma que toda la población es masacrada y se menciona que en San Francisco 300 son asesinados (Tomado de **Noticias de Guatemala, 79-84**).

Ahora bien, debido a la enormidad y la agudización de la represión, no ha habido la posibilidad de documentar a fondo una sola masacre, como se hizo con la de Panzós, Alta Verapaz, en 1978. Entonces, el público internacional a quien el pueblo de Guatemala le pide solidaridad, se embota con tanto número y nombre desconocido. Por eso, nos ha parecido importante profundizar en una sola masacre para que el lector se imagine cómo pueden haber sido las otras.

Segundo, en la masacre hay un elemento propio de un hecho difícil de creer, digamos, un elemento de inexplicabilidad. A no ser cuando los hechos golpean nuestros sentidos y, más aún, somos víctimas de la masacre misma, el acontecimiento no se asume profundamente. Este proceso puede darse en los adversarios del pueblo que no quieren creer que se den estas masacres, ni que el ejército del gobierno es el responsable de las mismas: no les interesa creer. Pero también puede darse, paradójicamente, en los que propagan la noticia y se sirven de ella mecánicamente hasta que tal vez en un momento dado no les importa añadir a los números un cero, porque en el fondo no están creyendo que seres humanos puedan llegar a cometer dichas atrocidades. El ejército es entonces convertido en un esquema. Por eso, la solidaridad internacional pierde fuer-

za, porque los pueblos que nos ayudan perciben que esas voces de denuncia son un bronce sin corazón.

Por eso, nos ha interesado analizar la masacre desde la visión de los testigos oculares, especialmente de uno, para quien el hecho de que el ejército los iba a asesinar no era en principio evidente y luego, en un proceso cognoscitivo ante la realidad aplastante, se dan cuenta de que es una realidad insoslayable. El acompañamiento del proceso de estos hombres ayuda por identidad con ellos a cruzar el límite de lo increíble.

A la vez, la profundización en la conciencia de estos hombres, permite montar ciertas hipótesis para el desarrollo de la combatividad del pueblo a partir del tránsito de una crisis de liminalidad, no ritual, sino histórica.

Tercero, aunque sea brevemente, seguiremos algunos de los pasos de la comunicación de la noticia de la masacre, primero, de San Francisco a la aldea hermana (San José Yulaurel), a las aldeas vecinas (Yalambojoch) y cercanas (Yalanhuitz, Yalcastán, etc.) y luego, de los campamentos de refugiados a los grandes medios de prensa. La masacre de San Francisco fue el detonante principal de la huida de los 9 mil refugiados del norte de Huehuetenango a México a finales de julio y principios de agosto.

Es muy importante, para la solidaridad, establecer la mutación de la noticia cuando pasa de boca en boca, porque aunque se dan variaciones, lo fundamental de la verdad permanece. Hay testimonios que pasan de segundas y terceras fuentes que, sin embargo, no pueden desecharse por el hecho de que algunos datos estén equivocados, incluso con los números deformados.

Cuarto y último, nos ha parecido que al estar a la sombra de la reunión anual de los antropólogos norteamericanos es conveniente mostrar con un caso las potencialidades de la antropología para la solidaridad con los pueblos reprimidos que luchan por su liberación. La antropología, aunque la utilicemos como un instrumento de análisis rápidos, un poco intuitivos e hipotéticos, tiene un gran papel que jugar. Como ciencia practicada entre los pobres y para ellos, es una llamada de ayuda, un puente de una enorme frescura y un camino arriesgado, pero lleno de vida y esperanza.

Resumen de los hechos

Antes de pasar adelante resumiremos los hechos que ya son conocidos en sus rasgos principales (véase **New York Times**, 12 de octubre de 1982). El 17 de julio, procedentes de Barillas, llegan como a las 11 a.m. cerca de 600 soldados a pie, dispuestos, según parece, a terminar con la finca-aldea de San Francisco, frustrados aparentemente de no encontrar un campamento guerrillero situado hacía algún tiempo en las cercanías montañosas. A la vez llega un helicóptero del ejército -señal inconfundible de que los responsables no fueron guerrilleros— que aterriza en el campo de fútbol y lleva abastecimiento para los soldados. El coronel que comandaba la operación ordena que se congregue toda la población en el centro del poblado. Se le dice que habrá una reunión. Como el 24 de junio había pasado el ejército con buenas palabras sin causar daño, el pueblo no temió, aunque los rostros de los oficiales estaban descompuestos. Los soldados se desparramaron para llamar a las mujeres de sus casas. A los hombres los congregaron luego en el juzgado (alcaldía auxiliar) y los encerraron allí y a las mujeres las introdujeron en la iglesita. Ambos locales están como a 20 metros de distancia y aunque la gente estuviera prácticamente encarcelada podía seguir los acontecimientos de uno y otro lugar por el oído.

Los soldados destazan la carne de uno de dos toros que hicieron a los aldeanos regalarles de su propio ganado al llegar. Luego empiezan a disparar sobre las mujeres en la iglesia y a sacar a las que no morían en grupos hacia sus casas donde fueron sacrificadas a machete. Allí los soldados vaciaron las casas robándose grabadoras, radios, vestidos y dinero. En total, con el saqueo de la cooperativa, robaron cerca de 20 mil quetzales. Entonces, volvieron a matar a los niños que habían quedado llorando y gritando, separados de sus madres, en la iglesia. Los mataron abriéndoles las tripas y estrellándolos contra palos duros. Los testigos oculares pudieron contemplar con horror este espectáculo a través de unos agujeros de la ventana del juzgado. También alzaron a ver algo de lo que sucedía en un momento en que el centinela que los custodiaba abrió la puerta.

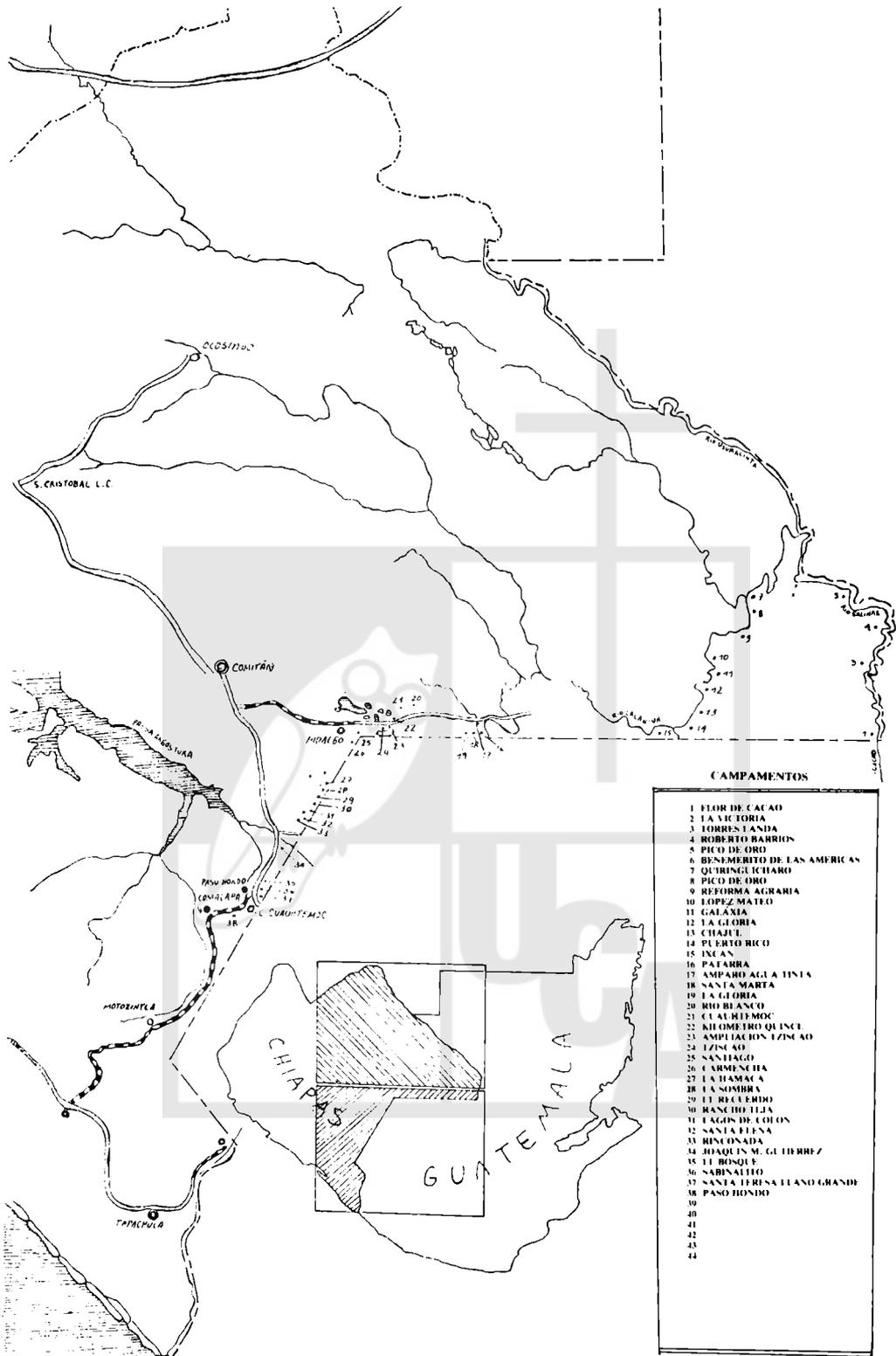
Después de los niños comenzaron con los hombres, primero los ancianos y después los adultos y jóvenes. Los iban sacando y los mataban. Dentro del juzgado mataron a las autorida-

des del lugar, el comisionado, un alcalde auxiliar y sus policías. El administrador de la finca no fue sacrificado en San Francisco. Estaba amarrado presenciando la masacre. Fue asesinado días después por el ejército en su retirada del área, camino de Yalambojoch a Bulej.

Como a las 5:30 p.m. lograron escapar por la ventana del juzgado 7 hombres, pero fueron detectados por el ejército que los rafagueó. Quedaron con vida 4 que llegaron a refugiarse a México al día siguiente. Uno iba mortalmente herido y falleció en el hospital de Comitán. De los tres restantes, uno fue entrevistado por el Comité Cristiano de Solidaridad de la diócesis de San Cristobal de las Casas, Chiapas, en agosto y por el Comité pro Justicia y Paz de Guatemala a finales de septiembre en la Colonia Santa Marta, ejido fronterizo de Chiapas. Será el que llamamos testigo 2.

Todavía quedaban como 6 hombres vivos en el juzgado y era ya tarde. Les lanzaron granadas, pero dos quedaron vivos, aunque completamente ensangrentados. Los soldados apilaron los cadáveres dentro del juzgado y los arrastraron a ellos entre el montón. Cuando ya era tarde, como las 7 p.m., lograron escaparse por la ventana, pero uno de ellos fue detectado por el ruido de las botas y acribillado a balas. El otro que se había descalzado se ocultó detrás de una mata y luego huyó a Chiapas adonde llegó atontado el día siguiente, acompañado de uno de los que habían escapado a las 5:30 p.m. Este hombre de 57 años nos relató la masacre el 4 de septiembre por la noche en el ejido mexicano de La Gloria, algo más retirado de la frontera que Santa Marta. El relato fue público, en medio de cerca de 20 hombres que procedían de San Francisco y se habían escapado ya sea porque estaban en los campos o uno de ellos, porque era un patrullero que había ido a buscar los toros para alimentar al ejército y había huido. Este último también interviene en la entrevista. El hombre de 57 años es el testigo número 1.

De ese grupo de 20 hombres, la mayoría, sin embargo, era de San José Yulaurel, que es un terreno de 20 caballerías (90 has.) que el INTA (Instituto Nacional de Transformación Agraria) les otorgó a los habitantes de San Francisco hace 5 años. Allí se encontraban algunos, que aunque son de la misma gran familia de San Francisco, ya residen en Yulaurel o, si todavía tienen dos casas, una en cada poblado, se encontraban en ese momento en el terreno propio.



Antes de pasar adelante conviene hacer notar que San Francisco es una finca propiedad del Coronel Víctor Manuel Bolaños. Mide 40 caballerías (180 has). Estaba medio abandonada de su dueño por ser zona donde se movía la guerrilla con bastante libertad hacía más de un año. De su ganado (400 cabezas, en 1980) se abastecía la guerrilla y hubo un tiempo, al menos, en que se desarrolló un cierto ladronismo. El administrador, Francisco Paíz García que sería asesinado por el ejército, colaboró algo forzado con la guerrilla. Así, aunque ésta quemó la casa de la hacienda el 15 de diciembre de 1981, no tocó al administrador, como hizo con algún otro que servía al mecanismo de represión del ejército en otras fincas.

De aquí se puede entender que una de las razones que el ejército tuvo para masacrar a toda la población de San Francisco fue que esta finca era fuente de abastecimiento para el movimiento guerrillero. No sabemos la parte que tuvo el dueño en el diseño de la represión de esta población civil indefensa.

Recolección de datos

Para obtener la información acudimos a los campamentos de guatemaltecos en Chiapas al norte de Huehuetenango: por ejemplo, Tzisco, Kilómetro 15, Cuauhtémoc, La Gloria, Amparo Agua Tinta, etc. Nuestra gira fue de poco menos de una semana a principios de septiembre de 1982. Fui siempre acompañado de algún sacerdote o hermana religiosa y me presenté ante los guatemaltecos como sacerdote y como guatemalteco. Las entrevistas fueron grabadas y aunque los testigos daban públicamente sus nombres y a veces los daban como si estuvieran rindiendo una declaración, hemos preferido dejarlos en el anonimato, ya que el ejército de Guatemala ha hecho incursiones en territorio mexicano.

No sólo obtuvimos información de San Francisco, sino de otras aldeas de la zona de Nentón. Tenemos, sin embargo, que confesar que no conocemos esos lugares. La única forma de subsanar este defecto es la utilización de los testigos de los hechos refugiados en México. Actualmente, sobre todo después de la imposición del estado de sitio el 1 de julio, el gobierno de Guatemala mantiene un cerco muy apretado a la información. Hay masacres de las que nada sabremos hasta que pase mucho tiempo porque no hubo fugitivos que salieran a un ámbito de li-

bertad. Aun esta masacre de San Francisco tardó casi tres semanas para llegar al periódico *El Día* en México (6 de agosto) y casi tres meses para aparecer en el *New York Times* (12 de octubre).

Documentación del número de víctimas

Cuando llegamos a Tzisco, en Chiapas, a principios de septiembre no sabíamos de la masacre de San Francisco. Ibamos en busca de información en general sobre la situación de los refugiados y las causas que los habían impulsado a cruzar la frontera. Pero según comenzamos a entrevistar personas de otras aldeas nos dimos cuenta que esta masacre ocupaba una centralidad especial en los acontecimientos de julio y agosto en el norte de Huehuetenango. Entonces tratamos de acercarnos lo más posible al lugar donde se encontraban los testigos oculares de la misma a la vez que íbamos escuchando los relatos de personas de lugares cercanos.

En la colonia mexicana de La Gloria se había programado una misa. Procuramos asistir a ella para luego adentrarnos más hasta la localidad donde se encontraban los provenientes de San Francisco y Yulaurel. Pero no hizo ya falta hacer esta caminata, puesto que ellos se habían acercado desde el día anterior a La Gloria para asistir a la misa. Gustosos accedieron esa noche a dar el testimonio, del que ya hablamos arriba, donde el informante principal es el sobreviviente último. Allí él indicó que según la cuenta que ellos habían estado sacando el número de víctimas ascendía a 352, incluyendo el que murió en el hospital de Comitán. Entonces, se nos ocurrió que para la misa del día siguiente se podía confeccionar una lista de modo que se pudieran leer los nombres de los asesinados en voz alta, como se suele hacer en algunas partes del altiplano indígena con los difuntos hasta el entresto más antiguo que recuerdan. Asintieron, pero no creíamos que habrían tomado en serio la sugerencia, hasta que al día siguiente en la mañana temprano encontramos a un grupo de hombres en el pequeño corredor de la escuela levantando el cómputo de todas las víctimas. Un joven hacía de secretario y dos o tres mayores, entre ellos el último sobreviviente, supervisaban al secretario y a los que se acercaban, uno por uno, a dictar el nombre de sus parientes asesinados en esa ocasión. El sobreviviente parece ser un hombre de mucha autoridad en la finca. Así, se hizo la lista intitulada "Lista de los dipunto".



**“Como estamos mirando, locas como están sus caras los señores.
¡Está fuerte!”**

Queremos insistir que la lista no fue confeccionada por ellos con intenciones políticas, ni siquiera de solidaridad internacional, sino con intenciones rituales. Por eso, no podían tener interés de añadir personas ficticias.

En total sumaron 302 personas, 50 menos de las que el testigo ocular había afirmado haber contabilizado anteriormente. No sabemos si antes habían contado con más exactitud que ahora. El testigo que dirigió la confección de la lista ya no quiso darle vuelta al asunto y dijo que no faltaba nadie, una vez terminado el dictado. Es posible que se les quedaran algunos todavía debido a que no todos los sobrevivientes de San Francisco y Yulaurel habían llegado en esa ocasión a La Gloria.

La lista fue leída en voz alta durante la misa en medio de un gran silencio que luego se fue disipando en un murmullo. Este nunca rompió en llanto desenfrenado. Allí nos dimos cuenta que había muchos nombres repetidos y que la incredulidad de los oponentes se valdría de este argumento para indicar que el número estaba inflado. Entonces decidimos después de la misa entrevistar a algunos, a manera de ejemplo, para mostrar con la lista en la mano que los nombres repetidos se referían a personas distintas, ya que en estos poblados el depósito de nombres se guarda como un tesoro de tradición y la combinación de los

apellidos se repite debido a un grado de endogamia superior al que se da en las ciudades o aún pueblos mayores. Más aún, hay veces que para asegurar la descendencia al abuelo, es decir, para que exista un nieto que lleve su nombre, se le pone a dos o tres de ellos el mismo nombre del abuelo por si alguno muere siempre hay quien lo sustituya. Entonces aparece junto al último apellido el ordinal, primero, segundo, tercero. Por ejemplo, Mateo Lucas García Primero, Mateo Lucas García Segundo. En la vida diaria no se confunden las personas porque tiene cada uno un sobrenombre distinto, parecido a un apodo familiar, en lengua chuj.

Entonces, para demostrar que los mismos nombres no se referían a las mismas personas entrevistamos a algunos con grabadora en mano (que ellos conocen muy bien), comenzamos por el sobreviviente último, que ha perdido 30 familiares. Ellos fueron diciendo las edades y los parentescos de cada uno de los suyos. De esta forma logramos platicar con 21 personas (todos hombres), algunos de los cuales eran de Yulaurel. Así completamos las edades y/o parentescos de 220 personas.

Al principio pensamos entrevistar a dos o tres, a manera de ejemplo, pero luego todos los que aún andaban frente a la iglesia quisieron dar una especie de declaración. A partir del octavo

informante se les comenzó a preguntar también quién había sido el causante de estas muertes, a lo cual fueron siempre contestando que el ejército, el ejército del gobierno, el ejército de los ricos. Nótese que el nombre de la guerrilla que opera en la zona es el de Ejército Guerrillero de los Pobres.

Con esta respuesta no sólo se disipaba la inquietud de que los sobrevivientes pudiera dudar acerca del causante de la masacre (nuestra pregunta era más formal que real para ellos, ante la evidencia de los hechos), sino que se confirmó que en la lista de los difuntos no se habían incluido nombres de otros familiares muertos en otra ocasión.

Con la 'Lista de los difuntos' y la entrevista corrida a los 21 confeccionamos en limpio la lista de los 302 con los parentescos y/o edades de los 220.

Respecto a los 21, algunos de ellos deben ser residentes de Yulaurel, ya que según los censos de los refugiados sólo 38 personas son de San Francisco, repartidas de la siguiente forma: de 18 años o más, 13 hombres y 5 mujeres; de 7 a 17 años, 10 hombres y 5 mujeres; y de 0 a 6 años, 1 hombre y 4 mujeres.

No sabemos exactamente el número de habitantes que tenía San Francisco. Los informantes dicen que había 65 casas, más o menos, contando a los "voluntarios", que parecen ser trabajadores no reconocidos como permanentes. Si entonces el número de habitantes de San Francisco hubiera sido de 390 (352 asesinados y 38 sobrevivientes), habría habido un término medio de 6 habitantes por casa, menos para los voluntarios probablemente y más para los permanentes. Es decir, los números son coherentes.

De Yulaurel hay, según el censo levantado a fines de agosto, 72 personas refugiadas.

La masacre: proceso de develación

Ahora queremos analizar la masacre misma desde los ojos del pueblo que la sufre. Evidentemente, sólo podemos tomar la visión de los sobrevivientes. Pero en ellos se refleja el proceso que siguió la población en su interior antes de ser sacrificada.

En este proceso colectivo encontramos tres etapas principales, la de la develación de la masacre, la de la imposición de la realidad y por fin

(para los sobrevivientes) la de la maravillosa liberación. La primera se refiere al paso de cierta confianza en el ejército al convencimiento —no sin una ventana de esperanza— de que el ejército los masacrará. La segunda se refiere a la horrible constatación de esa realidad increíble y a la destrucción de los esquemas de lo inteligible. Es la masacre misma con todas sus notas culturalmente destacadas por los sobrevivientes. La tercera consiste en la apertura insospechada de la esperanza, una vez que la realidad se había impuesto. En ella perduran notas no asimiladas de la segunda.

En estas tres etapas encontramos una replicación de los pasos de los ritos de iniciación por los que los individuos se desligan de una unidad social, pasan por la oscura liminalidad y se adhieren luego a una nueva unidad social. Este modelo debidamente aplicado a un movimiento social puede ayudarnos a vislumbrar el futuro (cf. V. Turner: **The Ritual Process**).

El sentimiento de la población de San Francisco respecto al ejército era de cierta confianza y seguridad las semanas antes de la masacre. El 24 de junio había pasado por la aldea-finca y se había detenido para hacer una investigación minuciosa casa por casa durante dos o tres días. El ejército había quedado satisfecho de su comportamiento e incluso les había prometido mandarles abonos para sus tierras.

Esa visita fue semejante a la que hizo en muchas otras aldeas de Huehuetenango y respondía a la política de amnistía del gobierno. Por eso, aunque se mostrara cordial, el ejército los amenazó: si se iban con los guerrilleros y si no los encontraban luego en su casa en una próxima investigación entonces los matarían:

No queremos que se vayan ustedes con los guerrilleros, porque los guerrilleros son muy mentirosos, son engañosos. Por eso nosotros estamos pasando a ver ustedes (decía el ejército).

Lo mejor más importante de ustedes que estén ustedes aquí en las casas, que ustedes no salgan...

Si ustedes ninguno están aquí en sus casas, entonces, allí lo tenemos que matar a ustedes, porque son ustedes los que están dañando a Guatemala (T, 2).

Los campesinos se quedaron tranquilos y aunque se daban cuenta de que la relación cor-

dial provenía de su disposición de darles de comer a los soldados, cuando se aparecieron de nuevo el 17 de julio no consideraron que la situación hubiera cambiado, como para desconfiar.

La primera señal que les hizo desconfiar un poco cuando llegaron sorpresivamente fue el número de soldados que aparecieron y la sincronización de su llegada con la del helicóptero.

¡Cómo harto! Como seis coroneles, seiscientos los ejércitos... Entonces nos turbamos, ya no sabemos cómo hacemos. Y cuando llegan ellos, ya viene el helicóptero, ya venía bajito (T. 1).

Otra mala señal es el ánimo que demuestran los soldados, o parece que más bien los oficiales (no está claro), en sus caras. Contrasta con la actitud de benevolencia de tres semanas antes:

Como estamos mirando, locas cómo están sus caras los señores. ¡Está fuerte! (T. 1).

En estas palabras aparece en los de San Francisco una mezcla de sentimientos. Por un lado, callan y miran la realidad que se les va develando. Se muestran resignados y obedientes y cargan las pesadas cajas que trae el helicóptero. Por otro lado, se extrañan ante los rostros desencajados que indican que serán capaces de cometer locuras: "cómo están de locas las caras de los señores".

Otra señal que se añade a las otras es que, cuando se fijan en los componentes del ejército, notan que viene un hombre vestido de pinto, al igual que los soldados, pero amarrado como si fuera un perro. Esto les indica que el ánimo descompuesto se traduce en violencia y secuestro:

Traen una pita... un señor. No sabemos, pero está igual su ropa con ellos... Como aquí está amarrado con el centure del soldado... Como un chucho (perro). Yo lo estoy fijando, estoy mirando (T.1).

Algunos indican que este hombre era un guerrillero que había sido capturado y venía a delatar a los cómplices de la guerrilla. El testigo principal insiste en que no puede afirmar eso, aunque no lo niega, y se atiene a la evidencia de lo que vio. Sigue su mirada asombrada.

El asombro crece cuando el ejército pasa ya a secuestrar a un hombre de San Francisco que

no tiene culpa alguna y delante de todos los hieren, parece que con un cuchillo, en la cara. Esa fue la señal de confirmación del presentimiento y por primera vez aparece en el testimonio que los campesinos rompen el silencio para comentar en chuj lo que inmediatamente los impresionara:

Pues al fin, se tentaron (desparramaron) el soldado y se mostrar (parece, secuestrar) un hombre. Pero no tiene su metida, no tiene su compromiso (i.e., es inocente). Nosotros estamos regular (tranquilos) en esa población. Se tentaron, mostraron y se agarraron a ese señor. '¡Traigalo aquí!' Y entonces al fin rápido echaron un pique aquí (en la cara). 'Entonces ya la chingarón (arruinaron),' decíamos nosotros en lengua (T.1).

Crecientemente se les va develando lo increíble: que correrá sangre, puesto que la injusticia y arbitrariedad rompe los criterios de lo que se puede esperar. Pero, sin embargo, la evidencia no es tal como para haberse resistido o para empezar a huir.

Todavía se les confirma más la sospecha cuando contemplan a la autoridad máxima del lugar, el administrador de la finca, de pie en el juzgado, parece que ya atado y encañonado por el coronel. El les dice que la situación está perdida y que viene el tiempo ya sólo de llorar:

Al llegamos al juzgado, bueno, ¡allí está! Allí está parado el Francisco, el representante de la finca. 'Ahora, compañero, ya está... ahora compa, ya no sirve de nosotros. Ya está fletado. Ahora, ya nos vamos a llorar. Allí vean ustedes cómo haciendo.' Ya puntó el coronel con él. Bravo, bravo está el cabrón (T. 1).

En estas palabras, además, vincula el testigo el ánimo encolerizado del coronel con la violencia que anuncia el administrador. El razonamiento entonces implica que si no habrá clemencia para él, menos habrá para el resto.

Pero, a pesar de todo, no están seguros de que todos están perdidos, ya que obedecen todavía al ejército y les regalan dos toros de los propios de los campesinos, como si así quizás pudieran tal vez salvar sus vidas.

La situación se empeora cuando a los hombres comienzan a llamarlos al juzgado y se

evidencia que no se trata de una reunión, sino que el juzgado se convierte de repente en cárcel:

'Bueno, ya, acaben de atender allá... (dice el ejército). ¡Ah, pues, adentro! ¡Afuera, ninguno solo! ¡Adentro!' dice (parece que el coronel). 'Pues, está bueno.'

¿Qué podemos hacer? ¡Cómo regadas las casas! Todo está llenando de población. Entonces al fin entramos al juzgado. Se cierra la puerta (T.1).

Parece indicar que no podían hacer nada, no sólo por la desproporción de poder, sino porque las casas estaban regadas y tenían que algo les sucediera a las mujeres que estaban congregándose en la placita de la finca. Por eso, todavía obedecen. No han perdido completamente la esperanza.

Por fin, la última señal es el encarcelamiento de las mujeres con todos los niños en la iglesia, sin dejar uno solo en las casas.

¡Cómo vinieron las mujeres con todos los chamaquitos de dos años, de tres años, de cuatro años. Cómo vino amontonados con sus hijos! Y vino.

¡Adentro de la iglesia!

Ya se llenó. Puras mujeres.

Nosotros estamos mirando. Pero ya no hay que modo.

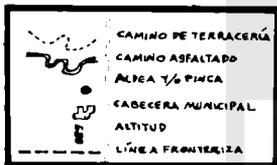
Como allí está centinela allí. Ya no hay modo.

De nuevo aparece la constatación de lo increíble que se ve con asombro y de lo imposible que resulta ya en este último momento la resistencia. Ya está el centinela en la puerta del juzgado. Si ellos pueden todavía ver es porque la ventana tenía unos agujeros.

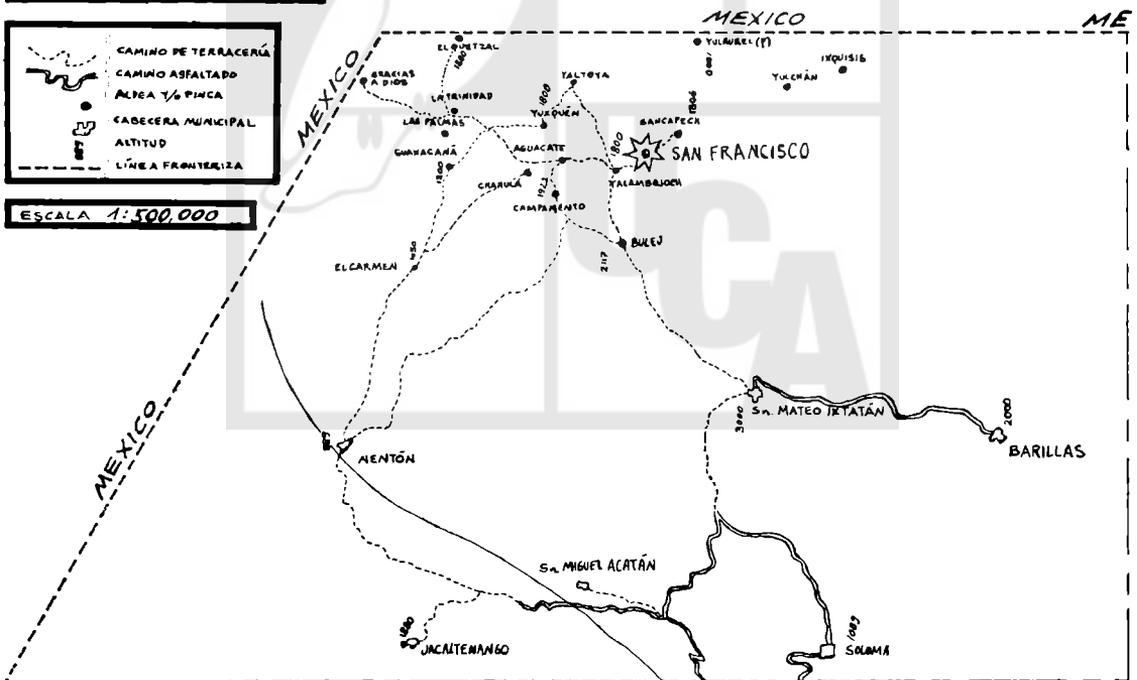
Ante la impotencia y el miedo comienzan los hombres a rezar inducidos a ello por los catequistas:

Entonces, entonces dijeron ellos: '¡ahora hay que rezar al Dios! ¡Nosotros compro-

UBICACIÓN DE LA ALDEA Y FINCA SAN FRANCISCO EN EL MUNICIPIO DE NENTÓN, AL NOR-OCCIDENTE DEL DEPARTAMENTO DE HUEHUETENANGO.



ESCALA 1:500,000



miso tiene que agarrar el Dios! Si vamos a sufrir así castigo, ¡qué remedio!" ...Entonces estamos empezando, estamos rezando la llamada de Dios. A cada rato estamos, a cada rato estamos, a cada rato estamos. Los niños están adentro llorando.

El contenido del rezo es ofrecer a Dios el "castigo" que van a sufrir de parte del ejército porque en este momento ya no hay remedio. El modo del rezo es la repetición frecuente de la misma petición. El acompañamiento del rezo es el llanto de los niños desde la iglesia cercana. En estos momentos el sentido de la vista se suspende y se agudiza el del oído.

En esta primera etapa, por lo tanto, se da un proceso de señales cada vez más claras de que la masacre está inevitable. Todas esas señales son amenaza de violencia o violencia misma. Pero ellas no son completamente claras y no se puede adivinar ni la magnitud, ni el modo, ni otros detalles del castigo que se avecina.

La inevitabilidad de la misma provoca el acceso a la fe en Dios y por eso según avanza la etapa aparece la oración.

La señales develan un hecho que está por llegar, pero aunque luego llegue, no develan su explicación como lo veremos adelante. Seguirá siendo inexplicable racionalmente, aunque no se pueda dudar de que ha acaecido.

Por fin, se da en esta etapa un distanciamiento social profundo del ejército en el que se tuvo al principio alguna confianza de humanidad y de su gobierno.

La masacre: imposición de la realidad

La segunda etapa queda bien marcada por el informante que señala la hora en que comienza, la una de la tarde. La realidad de la masacre se le impone repentinamente a los testigos cuando oyen los disparos sobre las mujeres y el lloro de los niños:

¡Cómo a la una de la tarde, bueno, ya está pues, plomazo!

A las mujeres, allá en la iglesia.

¡Plau, plau!

Entonces se hace ruido. Están llorando todos los chamaquitos. Llorando (T.1).

Después de la primera explosión de violencia los soldados sacaron a las mujeres por grupos.

Esto es observado por los testigos desde su encierro. Las llevan a las casas donde violan a algunas —parece que esta es suposición del testigo número 2— las matan, a unas a balazos y a otras a machetazos, y por fin, las queman con todo y casa:

Acaban de tirar, entonces sacaron todos. Se van aquí, se van aquí, se van aquí (el testigo hace gesto con la mano señalando distintas direcciones). Cada quien grupo se llevan los soldados. Se mata. Ya no tal vez... (con balas). Ya no lo miramos eso. Acaban a matar en las casas, ¡apretar fuego! Acaban a matar, apretar fuego (T.1).

Cuando terminaron de matar a las mujeres volvieron los soldados donde habían quedado los niños. El segundo testigo anota que estos se habían quedado encerrados en la iglesia y que al ser separados de sus madres pegaban alaridos llamando a sus padres que estaban en el juzgado cercano:

Y entonces todos nuestros hijos... se quedaron cerrado la iglesia y están llorando, están gritando los pobres nuestros hijos, nos están llamando nosotros...

Como hay unos ya son grandecitos, ya están viendo, pues, ya están quedando triste, ya están matando sus mamás y están gritando y nos están llamando a nosotros (T. 2).

El segundo testigo ha hecho la diferencia entre los niños que no se dan cuenta de la tragedia y sólo llorarán porque están separados de sus madres y los niños que participan como los adultos del horror al ver la masacre de sus madres. Más adelante refuerza esta diferencia cuando explica que a unos los sacaron más tarde los soldados abrazados y otros salieron de la iglesia caminando para ser sacrificados:

Sacaron todas las mamás y se acaban de matar. Entonces y después que acaban de matar este (estas), entonces sacaron, pues, los patojitos de dos años, de un año y medio, de tres años, sacaron abrazados. Ya los niños de diez años, de doce años, de ocho años, de cinco, de seis años, ya les llevan, pues, por grupo también. Los grupos se llevan y ya se van llevando, pues, a acuchillarlos. A cuchilladas lo mataron... (T.2).

**“Entonces, entonces dijeron ellos: ‘¡ahora hay que rezar a Dios!
¡Nosotros comprometidos tiene que agarrar el Dios! Sí vamos a sufrir así castigo
¡qué remedio!’ ”**

El segundo testigo es más explícito acerca de la manera cómo fueron sacando a los niños de la iglesia, cómo les abren la barriga con el cuchillo y les sacan las tripas para luego tirar sus cadáveres en una casa que estaba frente a la iglesia. Con una sobriedad pasmosa dice que:

Nosotros estamos mirando, porque ya nosotros ya estamos asustados ya, porque ya vamos a punto de morir con nuestra familia.

Más adelante menciona cómo mataron los soldados al último niño. Parece que es el mismo caso que el primer testigo describe horrorizado. Ponemos las dos versiones, porque se les quedó grabado como símbolo de la bestialidad del ejército:

Cuando sacaron al último niño, y es un pequeño, tal vez de dos años, o de tres años, son chiquito, eso lo vi yo, pues. El pobre patojito está gritando. Y porque no muere allí está un trozo. Más bien allí lo prendió al pobre patojito ese señor y lo dió a su golpe. Quebró la cabeza y se tiró, pues, adentro (de la casa) (T.2).

Entonces yo, yo lo miré unos muchachitos. Yo creo que de tres años. Apenas están andando. Como la pata lo agarra con un palo duro, macizo. Allá le bota la cabeza. Se acaba de morir, tirás a la mierda (T.1).

La bestialidad está expresada por la palabra que frecuentemente utiliza el primer testigo—“cabrones.”

Se saca la tripa. Lo tira a la mierda. Así lo hicieron esos cabrones.

Nos parece importante tener en cuenta esta nota, porque uno de los aspectos que conforma la incredibilidad del acontecimiento para los que lo presencian es que humanos sean capaces de cometer actos bestiales.

Hasta aquí los testigos marcaron la primera parte de la masacre con mucha claridad. Ella a la

vez está dividida en dos etapas, subrayadas especialmente por el segundo testigo que se fija más en la cronología. Las dos etapas han sido la masacre de las mujeres y la de los niños. Más adelante intentaremos explicar cuál parece ser la intención del ejército al matar primero a unos y luego a los otros.

El primer testigo intercala aquí el momento en que el ejército destaza el primer toro con un contraste irónico y macabro: hombres que matan hombres como animales y hombres que comen animales como hombres. Pone de relieve que la masacre no es un hecho de violencia ciega, como si los soldados se encontraran en un arrebato inconsciente, sino que es un hecho premeditado que se lleva a cabo como un trabajo que exige un descanso y una comida.

A las dos de la tarde terminó (la masacre de mujeres y niños). Así está afuera. Hay muchos (parece soldados). Nosotros (los hombres) ningún gente están terminando. Cerrado está (el juzgado). Los hombres. Entonces ya más la hora, como de más, mataron un ganado. Parte está arreglando la comida, dice. Está pelando los cueritos. Otro (ganado) está vivo, todavía no ha matado. Los que fueron a traer el ganado, adentro (del juzgado): No hay su libertad. Entonces... así pues, a las una, a las dos... A las tres de la tarde comenzaron los hombres (T.1).

La segunda parte de la masacre comenzó, pues a las tres de la tarde: con los hombres del juzgado. Ambos testigos recalcan el momento en que son asesinados los ancianos de la comunidad. Ellos tienen de común con los niños que no pueden ser considerados como guerrilleros y por tanto son inocentes:

Los tres ancianos: ese, el machete sin filo es el que metieron aquí (señala la garganta), como matan oveja: ‘aaay,’ dicen; ‘aaay,’ dicen.

Si lo estamos mirando apenas lo matan... Está dentro, ¡estamos mirando! ¡Entre juzgado! Adentro del juzgado estábamos yo, todos (T.1).

El testigo prosigue el contraste del destace de los animales, pues indica que los viejos balan como ovejas cuando les cortan el pescuezo. Y para comprobar de nuevo lo increíble e inexplicable del hecho repite el estribillo que acompaña todo el relato: 'estamos mirando'. Pero no por eso deja de afirmar que el hecho sea increíble. Más aún, lo refuerza con una ironía que luego retomará, y es que en el lugar donde se hace justicia —el juzgado— y se oye la declaración de los reos, en ese lugar se está cometiendo esta injusticia sin oír más que los gritos de los que mueren.

El segundo testigo trae un detalle que pone de relieve la frialdad con la que se estaba cometiendo esta barbaridad, casi como si fuera un juego, porque dice que cuando les cortaban el pescuezo con el machete sin filo y ellos gritaban como animales, los soldados se reían:

Es como matar un animal, y eso, risa les dan ellos cuando le están matando. Pobre la gente, está llorando, sufriendo los pobre ancianos (T.2).

La risa de los soldados se contrasta con el llanto de los ancianos.

Después de los ancianos, el segundo testigo menciona la masacre de los hombres trabajadores. Los contrasta claramente con los viejos que gritaban que ellos ya no servían para nada y estaban cansados. El primer testigo resalta igualmente la matanza de los ancianos, aunque no la sitúa en el primer lugar cronológico de la segunda parte.

Comenzaron a sacar a los hombres por grupos de diez. Amarrados los botan al suelo en frente del juzgado y allí los balean. Después los arrastran a la iglesia:

Pues salieron los hombres. ¡A plomazo afuera! Afuera a plomazo. Cómo arruine esas balas. Ya empezaron a hacer. Y sigue, y sigue... Y fueron a matar así escondido y no miramos. Sólo ruido hace el arma. Entonces mata, pues. Entonces en el patio del juzgado con la iglesia botan las gentes.

Cuando salen del juzgado como está separado el arma ya, pues, no podemos salir... Acabe de matar y se jalen el mano. ¡Adentro de la iglesia! Allá lo tira. Va otro. Va otro. Hace así (T.1).

La masacre es tan terrible que el testigo afirma que se insensibilizó para ya no tener tristeza por lo que sucedía ante sus ojos y sus oídos. Esa insensibilidad provenía no sólo del horror que contemplaba, sino de la consideración de que él ya está prácticamente muerto. Por eso dice:

Ya no me pesa, ya. Ya es puro muerto, ya. Matando está la gente. Matando (T.1).

Dentro del proceso de imposición de la realidad de la masacre ante los sentidos ha habido una gradual cerrazón de la esperanza. El segundo testigo pone de relieve en este momento de oscuridad suma el acceso a Dios, Padre Salvador, con una serie de notas que caracterizan mejor los sentimientos de estas personas:

Ellos están, están rezando a Dios Padre que les puede salvarse por su vida, pues, que Dios recoja, porque ya no hay qué puede decir uno, porque ya está cerrada (la puerta). Pues, estamos bien cerrados, pues, al juzgado. Sólo así está pensando ahora todo. Todo, todo está orando a Dios Padre... Cuando acaben de sacar los más hermanos, pues, y empezamos nosotros rezando, pues, adentro del juzgado para pedir a Dios que Dios nos da bendición a nosotros.

¿Por qué los muy vienen los hermanos, los mismos hermanos vienen a matarnos? No es un enfermedad. Dios no está mandando ni castigo. Pero nosotros mismos estamos levantando nuestros hermanos a matarle y por eso nosotros estamos ofreciendo ese... Eso estamos haciendo nosotros cuando sacan los más hermanos, los amigos...

Las notas de los sentimientos de esta oración son varios. Hay una falta de esperanza de medios humanos de salvación porque las puertas están cerradas y custodiadas de hombres armados. Pe-

“Y entonces todos nuestros hijos... se quedaron cerrando la iglesia y están llorando, están gritando los pobres nuestros hijos, nos están llamando a nosotros... ya están quedando triste, ya están matando sus mamás y están gritando.”



“Nosotros estamos mirando, porque ya nosotros ya estamos asustados ya, porque ya vamos a punto de morir con nuestra familia.”

ro hay una esperanza en que Dios puede todavía salvarlos, aunque esta esperanza en una liberación de la muerte que se aproxima no es la tónica dominante. La nota dominante es más bien el ofrecimiento de las vidas de los compañeros.

Por eso, cuando el ejército saca a un grupo los restantes se quedan levantándolos a Dios para que El los reciba. Este ofrecimiento se da dentro de una claridad de la inocencia propia ante Dios mismo y por eso el sacrificio al que se acercaron no es considerado como un castigo divino. Tampoco es considerado como algo propio de la naturaleza, como es la enfermedad. Es algo que procede de los hombres y allí es donde se enfoca en toda su profundidad la inexplicabilidad del hecho que están experimentando: “¿por qué los hermanos vienen a matarnos?” Se acentúan los perfiles del hecho con la palabra “hermanos”. Los soldados que los asesinan son muchos de ellos, quizás la mayoría, indígenas de municipios vecinos, como Jacaltenango.

De aquí tal vez podemos completar indicando que la insensibilidad, “Ya no me pesa ya. Ya es puro muerto ya”, tiene también otra fuente, además del horror y de la muerte próxima, y es la inexplicabilidad de que esa muerte y horror parta de los hombres, que deberían ser hermanos. Parecería que estamos tocando la experiencia radical del mal en el mundo, al lado de la fe de que

ese mal puede ser dominado por un Dios, Padre salvador de esos hermanos, que niegan en su vida su condición de hijos de Dios.

Entonces sucede el episodio de la fuga de siete, entre ellos del testigo 2. Eran las 5 de la tarde, recalca el testigo 1. Los soldados habían prendido fuego al juzgado y sólo quedaban unos 20 o 25, según el testigo 2; unos 15 hombres, según el testigo 1, quien añade que estaban “ya como el pescado”, es decir fríos y muertos de miedo. Con el fuego el centinela junto a la ventana se alejó de la misma. En ese momento, uno de los hombres encerrados pensó en abrir la ventana y se escapó. Le siguieron otros seis, pero sólo se salvaron definitivamente tres. Los relatos de los testigos no recalcan que la huida se debiera a la intervención de Dios, tal vez porque el climax de la historia de ambos está más adelante: del testigo 1 cuando él sale y del testigo 2 cuando las balas que le rozan no lo matan. De todas maneras hay una indicación de paso en cada testimonio con fuerza de contraste. El testigo 1 contrasta la situación desesperada descrita antes con la salvación de los escapados:

¡Tres! Tres aguantó el bala. No murió. Cuatro, con otro, pero murió en Comitán en el hospital. Cuatro salieron (a México), pero cayó, cayó uno. Ya no se compone. Otros tres, está vivo. ¡Está salvado! (T.1).

Y el testigo 2 contrasta la situación de pasividad que los abocó a sólo rezar con la chispa de creatividad de un compañero que comienza a pensar:

Entonces empezaron, pues, a pensar un compañero, pues, y abrió la ventana.

Estos contrastes parecen indicar —más si se los toma en el contexto de toda la narración— que de esas situaciones previas de encerramiento físico y mental no podían haber salido ellos más que por la virtud de Dios salvador.

El testigo 2 salió con vida, pero el otro se quedó todavía con otras personas, entre las cuales se contaban las autoridades de la finca-aldea. La huida de los siete enardece la represión y la vigilancia:

Entonces vino cólera del ejército de gobierno. Como se va a echar el bala para los muchachos (T.2).

Comenzaron entonces con el administrador de la finca. Pero no lo mataron ese día. En cambio, al comisionado militar, al auxiliar y sus tres policías los ejecutaron dentro del juzgado mismo:

‘Salga Usted,’ dice.

‘Yo, señor, yo soy comisionado militar,’ dice.

‘Ni qué comisionado, ni que mierdas’. Bueno, adentro del juzgado mataron, en medio. Plau, plau, los balas. ‘Aay,’ decía. Yo estoy sentado en la banca. Allí estoy yo. Que no muere enteramente. Como está sufriendo, aquí se va, pues, plau.

‘¡Salga otro!’ Salió su papá aquel el muerto. Salió el viejito. Se va el bala, pues. Después, juntos quedan.

‘¡Salgan otros!’

‘Yo señor, yo soy auxiliatura’, dijo el segundo auxiliar.

‘Ni qué auxiliar, ni qué mierda’.

Detrás del mesa (del juez), mataron, con sus tres policías. Seis mataron entre el juzgado (T.1).

El asesinato de las autoridades de la finca es la comprobación que de que el gobierno y su ejército no sólo no respetan la ley, el orden y la sociedad, sino que guardan en sí mismos una contradicción que los lleva a cometer arbitra-

riedades como esta. Ya han asesinado a las patrullas civiles puestas por el mismo ejército hacia algunas semanas.

Ahora, el comisionado militar, nombrado por el mismo ejército también es masacrado sin ningún respeto como “una mierda”, y el gobierno civil de la finca avalado por la estructura nacional es fusilado y de nuevo, todo esto sucede en el lugar donde se supone que se hace justicia, el juzgado.

Así se llega al último momento cuando ya no parece haber ninguna salvación porque ya sólo quedan unos siete y les toca el turno de morir. Son como las 6:30 p.m. y ya estaba algo oscuro. Entonces el hombre mayor, el testigo, les exhorta a no temer porque irán perdonados al cementerio:

Ya no hay muchos. Yo creo que tal vez ya sólo siete. No más, muchá, ahora sufrido de castigo allá nos vamos al cementerio perdonados, les dijo. ¡Que me entienden! Se va uno abajo, se va uno encima, se va otro así, ve.

Concibe que el castigo, aunque sea injusto, por implicar el sacrificio de la vida les perdonará todos los pecados. No quiere decir que entre los pecados él juzgue que haya alguno por el cual merecidamente el ejército los esté castigando. Todo el relato es una argumentación de su inocencia. Pero esta inocencia no implica la conciencia de estar libre de pecado ante Dios.

Esos muchachos se encontraban todos amontonados en una esquina de la sala en señal de resistencia a la muerte, como si se opusieran a ser arrastrados fuera para ser baleados. Al oír las palabras del testigo parece que se apetonaron aún más esperando que les dispararían directamente los soldados. Pero no fue así, porque en vez de disparos les tiraron granadas:

Pensé que va a tirar el cabrón. Qué ...si el bomba tiraron en la esquina.

Como, ¡tas!. Tiin, hizo la bomba. “Aay”, dicen los muchachos. Se va otra. ¡Tres! Al cuatro bomba, pues, viene el chorro de sangre. Cómo viene para el suelo. Sangre es del bomba. De otro cinco. Sí, esa ya no reventó. Quedó ese el ...Ya no reventó. Cómo vino el sangre aquí, cómo vino encima de yo. Gracias a Dios, pero no pega el tiro. Al fin entró otra vez el arma: plau, plau,

plau, plau. Así mataron a todos. Buen le hace.

En esta segunda etapa en que la realidad de la masacre se impone con toda su inclemencia aparecen, por tanto, algunas notas que se contradicen: por un lado está la realidad que se experimenta con toda su fuerza violenta y por otro lado está la inexplicabilidad del hecho que dice que esto no debería ser y no puede ser, porque no tiene razón de ser. Los sentidos refuerzan la experiencia, particularmente la mirada y el oído. La sin razón del castigo de los evidentemente inocentes, niños, y viejos, del irrespeto a las autoridades reconocidas por el mismo Estado y de la bestialidad de los soldados son porqués que torturan y no encuentran respuesta.

A la vez, en este momento del relato las posibilidades de vida se cierran y entonces se hace más patente el recurso a Dios y se fortalece la fe.

La masacre: maravillosa liberación

La siguiente etapa, para el testigo ocular que fue el último sobreviviente, es la de la liberación maravillosa de la masacre cuando todo estaba perdido y los compañeros habían muerto. Reflexionando sobre los sucesos atribuye a un pensamiento que no sabe de dónde le vino el inicio de su salvación. Después que exhortó a los compañeros a no temer porque irían todos perdonados al cementerio, añade:

Yo entonces me pensé. A saber cómo vino a mi cabeza. Y me embroqué en el suelo (T.1).

Se tiró al suelo. Parece que se imaginaba que los fusilarían y no se amontó con los muchachos más jóvenes en la esquina. Por eso, las granadas dirigidas a ellos no lo dañan y sólo siente que la sangre de los compañeros lo empapa, pero él está vivo. Esa sangre será además la que lo salvará, porque lo teñirá como si él mismo estuviera muerto. Cuenta, por eso, que dijeron los soldados al terminar con las granadas:

'Adelante, aquí en el medio de juzgado va a quedar,' dice. 'Todos'. 'Aquí van a quedar', dice. Entonces los soldados entraron a jalar los muertos. Bien apretados. ¡Cabrones! Jalándose aquí y encima de los muertos me metieron. Estoy ...vivo (T.1).

Enseguida comenzó a pensar, quizá como nunca había pensado a lo largo de la masacre durante la cual más bien se había comportado pasivamente. Por un lado, si espera hasta que se vayan los soldados el día siguiente corre el riesgo de que al despedirse estos quemen el juzgado, como ya lo intentaron hacer y él quede achicharrado dentro; por otro, si intenta fugarse, tiene que arriesgarse a que lo baleen, al saltar por la ventana, como lo hicieron con los otros antes. Durante casi una hora está dándole vuelta a sus pensamientos, mientras los soldados fuera del juzgado están probando las grabadoras robadas y luego hasta se ponen a cantar. Se decide por fin a salir.

Antes de intentar la fuga pidió permiso a sus compañeros difuntos para abandonarlos. La fuga no será falta de solidaridad con ellos, porque él desea la libertad y ellos ya están libres:

Entonces, a las siete y medio salí yo. Ya está oscuro. Como lo miré está abierto la ventana atrás del juzgado, entonces me pensé, 'vamos a probar, primero Dios'. 'Compañeros...compañeros, ¡sóltame me fue al campo! Tengo yo suerte. Ah, ustedes ya está en libertad. ¡Suélteme! Yo me voy al campo'. Así digo con el muerto. Por todo mi corazón estoy rezando a aquellos hablarles espiritualmente. Entonces estoy rezando ...Y me levantó. Y saco mis botas de hule y quedó (quedaron) adentro. Y salí en la ventana. Y miré: ni uno, ninguno aquí en la esquina, ninguno aquí en la otra. 'Primero Dios', dije. Ellos están cantando (T.1).

En esta oración hay tres fuentes de poder: Dios, los difuntos asesinados y la suerte. No sabemos cómo se integran en su cabeza. En todo caso, no acude directamente a Dios ('primero Dios') como acompañante presente que decide en último término de su vida, sino a sus hermanos asesinados.

Esta oración lo levanta y lo pone en marcha. Entre tanto, mientras él está concentrado y temeroso quitándose las botas para no hacer ruido, el ejército está distraído y ufano de su victoria sobre el poblado.

Otro sobreviviente lo siguió luego por la ventana, pero este fue detectado, enfocado con luz y tirado. Entretanto, el testigo se escondió detrás de una mata de ixte hasta las 11 p.m. A esas horas se levantó sigilosamente para llegar a

“Ah ustedes ya está en libertad. ¡Suélteme. Yo me voy al campo. Así digo con el muerto. Por todo mi corazón estoy rezando a aquellos hablarles espiritualmente...”

las 5 a.m. del domingo a Yulaurel y a las 11 a.m. al poblado más cercano de la frontera de México:

A las once será, vine yo aquí en Santa Marta. ¡Pero como bolo! ¡Ya no me miro que está claro! Y no vengo ni triste. No pienso nada. Sin comer. Sin comer, sin chamarra, sin ropa, así como veyo. ¡Nadie! (Nada). Sin sombrero, nadie (nada). Enteramente... (T.1).

El hombre está vivo, pero no ha asimilado aún ni el horror de la masacre, ni la libertad de que goza. Su experiencia en este momento es la de una profunda noche interna que influye incluso en su percepción puesto que apenas se da cuenta que es de día. Es una noche que le suspende la actividad mental y por eso añade que no piensa nada y que está en un estado semejante al de la boñencia. Es una noche que incluso le deja sin sentimientos de tristeza, aunque en medio del estado de embotamiento hay una conciencia aguda de la soledad absoluta en que se encuentra —no tiene nada, llega como desnudo, tiritando de frío, como recién nacido (sin sombrero), en ayunas y hambriento. Es una noche que le ha robado todos sus parientes más cercanos y queridos, 30 en total: su mujer, sus ocho hijos (uno de un mes), sus hermanos, nietos, esposas de algunos hijos y hermanos, sobrinos, etc.

Por eso, cuando le pasa el embotamiento dice que lleva una pena profunda en el alma:

Así vine yo, señor padre... Sólo estoy escuchando otra vez, pero bajo la pena que estoy mi corazón por los muertos. Porque yo me he visto, estoy mirando cómo mueren mis hermanos, todos, compañeros, compadres, todos. Como somos hermanos entre todos. Como por eso estoy llorando mi corazón toda la vida.

Y dentro del dolor está el elemento que quiebra, como hemos dicho arriba, el pensamiento, porque es una pregunta que no encuentra respuesta:

No dicen, ‘Así está la delito, así comprobación.’ ¡Nadie hizo! Saber qué pasó eso.



Ninguno está sindicando, ‘aquí está el delito uno, aquí está otro.’ Nadie que está diciendo. Nada más que lo matan. Nada más (T.1).

La pregunta sin respuesta es ¿por qué han matado a inocentes? Y nos parece que aunque el testigo puede atribuir al ejército del gobierno la masacre sin lugar a ninguna duda, sin embargo, tampoco esta es la explicación suficiente a la pregunta, porque la actuación del ejército levanta la pregunta de la conversión del hombre en animal que tampoco tiene respuesta para el testigo:

Saber cómo. (A saber cómo será) ¿Ya están loco será (el ejército)? Un señor que acaban de matar, está parado el cabrón soldado, así está mirando (hacia abajo). Ya está muerto el pobre señor. Cuando se embrocó otra vez encima de ese el muerto, entonces

aquí pues (gesto de abrirle el estómago), así se ha abierto. Le sacaron el corazón. Pues el corazón de señor entonces está sacando. ¿Comieron o llevaron? Saber. Así hicieron eso ¡cabrón ...Sacaron! Primeramente por mi vista bueno lo miré ya como está echando babosada. ¿Se comieron o llevaron en su maleta? No sé. Tengo cólera y me senté. La gran puta como es como son animales. Así hicieron estos ejércitos (T.1).

El testigo es enormemente fiel y no dice más que lo que vio pero dada la actuación bestial del ejército insinúa que la intención del soldado parecía ser de canibalismo. Eso es lo que no sabe explicar: 'saber cómo'.

Y nos parece que las explicaciones extrínsecas, como que el ejército entrena a sus kaibiles a matar o que el imperialismo es asesino, etc., no son tampoco explicaciones suficientes, porque en el fondo en ellas se plantea la pregunta de la presencia del mal en el mundo. El testigo alude a un juicio externo en el cual se debió decretar la masacre y aunque no lo conoce indica que no puede imaginarse cómo pudo haberse dado:

Enteramente gente legal se mataron esos cabrones. A saber cómo metieron su pata allá... Está ordenado a matar. Ah, ese mero juicio pesa nosotros estamos ignorantes... Cuerudos esos pendejos, señor, ¡a saber cómo se pensaron! (T.1).

Otro hombre de Yulaurel que estaba presente en la entrevista expresaba la misma inquietud profunda dándole una proyección religiosa:

No sabemos. Nosotros estamos ignorantes. Qué vamos a saber eso por qué chingados están matando con los pobres. Si son los ancianos, qué delito tienen. Primeramente ya no piensan pues lo ejércitos: 'vamos a ir con Dios también.' Como ellos son hijos de Dios con nosotros también. Pero no se acuerda eso.

Lo inexplicable es por qué ellos no piensan que son hijos de Dios también. Por otro lado, eso es algo muy frecuente, cuando se pone en términos tan generales, y entonces decirlo parece casi una banalidad. No pensar en eso parece como una simple falta de memoria: "no se acuerdan de eso". Pero cuando las consecuencias son

tan graves como la vida de un pueblo, entonces esa falta de memoria es algo que no encuentra explicación.

Por el contrario, como contraposición al gobierno y ejército de Guatemala el testigo recalca que el gobierno de México sí parece ser un verdadero hijo de Dios porque les da hospitalidad.

Enteramente quedamos sin nada. Pero vamos a ver. Gracias a Dios, estos señores mexicanos es buena gente. El gobierno, parece un hijo de Dios el gobierno. Se da posada. Gracia de Dios. Si no, nos matamos de una vez.

Allí mismo también se encuentra un punto sin explicación como lo expresa el testigo 2. Este es por qué Dios lo ha salvado de la muerte, mientras otros han caído:

Aaaha, echaron bala. Me dispararon. Pero como Dios es tan grande y así me salvó. Ninguna balazo me tocó. Eso sí, para qué le miento, ninguna balazo. Pero nuestro Dios Padre sabe por qué así me salvó yo.

La pregunta se hace tanto más insistente cuanto la muerte fue más cercana. Los balazos le cruzaron por encima y uno le rozó la cabeza "y me arde todavía mi cabeza."

Sin embargo, en medio de esta confusión mental hay una certeza muy clara y es que Dios los podía salvar, cuando estaban encerrados, y que Dios los salvó, ahora que están en libertad. Esto es lo que ordinariamente se llama fe. La fe se hizo más pura y poderosa en la oscuridad de la masacre y tuvo su confirmación en la liberación.

En esta tercera etapa, pues, se juntan dos hechos opuestos que los sobrevivientes pugnan en vano por encontrarles significación. Por un lado, la razón de la masacre inmerecida y del juicio que la decretó, como ya se daba en la segunda etapa. Por otro, la razón de la liberación a las puertas de la muerte. Ambos suscitan una fe que respecto a la injusticia levanta al Dios que al final de la vida ajustará las cuentas y respecto a la vida, agradece a Dios la inspiración del primer pensamiento, el impulso para levantarse y, en fin, la suerte de no haber sido blanco de las balas. Es una fe que en semilla tiene una carga de movimiento y de lucha.

Esa fe es a la vez solidaridad con los muertos de quienes el hombre arranca el permiso para sa-

lir a la libertad, o más aún, ya que ellos son ya libres, la atracción para caminar hacia ella.

En ella se totaliza la cólera y repulsión que causa el ejército por su conducta bestial y asesina y se abraza todavía sin ser bien conocida una unidad social de salvación, como en un primer momento en México para ellos.

Transmisión de la noticia

Después de la masacre de San Francisco comienza la huida de la población de otras aldeas. Vamos a dar algunos ejemplos en que se muestra cómo la interpretaron y qué pasos dieron: dos aldeas vecinas y dos lejanas, una indígena y otra ladina.

En Yalambojoch, aldea vecina, se informaron, parece que primero que en ninguna otra aldea, sus habitantes porque el ejército había pasado el día antes por allí y había quemado algunas casas vacías, cuyos dueños andaban trabajando fuera. Los de Yalambojoch estaban sobre aviso. Luego, el 17 oyeron los tiros y las bombas y algunos huyeron:

Ya cuando oímos el ruido de las bombas, de armas, pasaron chorros de balas encima de la aldea. Así, nosotros huimos con todos nuestros chiquitos.

Hubo otros que vivían en las afueras de la aldea y cuando el ejército volvió de San Francisco huyeron por la quema de las casas, pero cuando fueron alcanzados ya en la cuesta de Yaltoya, poblado cercano en dirección a la frontera, los soldados mataron como 20 ó 25 personas (mujeres y niños). Los hombres que iban detrás se salvaron escondiéndose a tiempo:

Eran como 20 ó 25. Son muchos, mujeres y chiquitos. Mi señora, como de 35 años, mi otro mi hijo de 11 años, otro de 9 años, otro de 7 años, quedaron muertos.

Pero la mayoría de Yalambojoch no salió, quizá porque el ejército había castigado a los

ausentes con la quema de casas vacías dos días antes o porque había impedido la salida avanzando desde el lado de la frontera. Entonces el ejército permaneció unos 3 ó 4 días, quemó casas otra vez, pero no mató más gente, excepto cuando se marchó, ya que en el camino que sube a Bulej a un kilómetro de distancia de Yalambojoch asesinó a 6 patrullas civiles. En ese momento fue cuando probablemente el ejército también acabó con el administrador de San Francisco. Con eso, ya huye toda la población de Yalambojoch a México:

Ya temblando todo el pobre gente por ellos (los soldados). Entonces se fueron siguiendo hasta... Ese mismo levantó otros tantos gentes, todas las mujeres y niños vinieron para acá (México). El 24 del mes de julio... Sí, el 24 llegamos al entrar ya de noche, ¡pero bajo del agua! Hay algunos chamachitos se murió en el camino bajo del agua. Porque nosotros mismos en la montaña quedamos todos. Allííí. Hasta un día vinieron las mujeres. Hasta ancianos que habían muerto en el camino. Nos hizo mucho daño ese sufrimiento.

La huida de los de Yulaurel, en cambio, fue más rápida y efectiva. Allí llegaron en la noche algunos de los sobrevivientes que escaparon a las 5:30 p.m. por la ventana. La reacción fue inmediata porque los de Yulaurel juzgaron que si eso le había sucedido a su aldea hermana, San Francisco, ellos no tenían ningún privilegio ("gracia") que los defendiera:

Entre la noche bajaron (los sobrevivientes). Tal vez vino ellos como a las 10 y media. Más o menos como a las 4 (de la mañana nos fuimos). Vino ellos a avisar con nosotros. Bueno. Allí nos oímos que iban acabado todos los muertos de San Francisco. Entonces allí nos asustamos nosotros. ¿Y qué gracia tenemos nosotros? ¿Qué tal con nosotros no nos van a embalacear? Por eso nos salimos.

“Así vine yo, señor padre... Solo estoy escuchando otra vez, pero bajo la pena que estoy mi corazón por los muertos... estoy mirando cómo mueren mis hermanos, todos, compañeros, compadres, todos. Como somos hermanos entre todos. Como por eso estoy llorando mi corazón toda la vida.”

Y allí nos pensamos de levantar rápido. Porque hay unos que llevan todavía sus co-sitas. Hay unos que ya no. Porque qué asusto tenemos. Como quienes nosotros estamos en pena.

En Yalanhuitz, aldea indígena más lejana, la noticia llega con rumores contradictorios. Esta aldea está como a tres horas a pie de San Francisco. Los rumores se inician porque no pasa por Yalanhuitz gente de San Francisco hacia el mercado de otra aldea-finca mayor que se llama Ixquisis. La voz común es que ha habido una masacre enorme en San Francisco. Pero por otro lado hay un hombre que ha pasado por las cercanías de San Francisco y, quizás porque salió más temprano, dice que no ha habido muertes, más que la de un hombre que por escapar al ejército fue baleado. Este testimonio más bien los retrae de huir porque la huida es la señal de culpabilidad y el ejército podrá perseguirlos o en todo caso su vuelta a la aldea será ya casi imposible. Entonces deciden algunos de la aldea mandar a unos jóvenes hacia San Francisco para indagarse personalmente de la verdad. Quedarse es un riesgo, pero huir también. Por eso, hace falta la información exacta. Van y en efecto averiguan todo con uno que salía de San Francisco. Se movilizan y huyen:

Fue mi hijo, pues.

'Murió todos' (le dijeron), tal vez se murieron doscientos, cientocincuenta.

Por eso, aquí está el día que va a venir (el ejército). Como va a llegar en rededor. Mañana va a venir en Rio Seco (otra aldea), pasado mañana va a venir en Yalanhuitz'. Bueno pues.

'Vamos, pues'.

Nos salimos, pues. Nos salimos.

Pasaron al Patará en México. Luego el ejército, como a la semana de la huida quemó casas en Ixcacchi y luego en Yalanhuitz. Los de Yalanhuitz, sin embargo, ya estaban en México, pero tuvieron que huir más adentro de la frontera porque algunos campesinos aliados al ejército que no huyeron llegaron a convencerlos a que volvieran y detrás de ellos iban los soldados, los cuales, sin embargo, en esa ocasión no cruzaron la línea fronteriza.

Por fin, veamos el ejemplo de una aldea ladina llamada Yalcastán, situada al occidente de

San Francisco, mientras Yalanhuitz se encuentra al oriente. Fueron veloces en abandonar la aldea, puesto que el 19 de julio salieron de ella al oír la noticia de la masacre de San Francisco:

El 19 de julio, sí de este año, sí, entonces es cuando nos vinimos para acá con la familia. Cuando el ejército llegó allá no nos encontró. Entonces empezó a quemar las casas. Sí. Ahorita pues todas las casas están quemadas...

Es que nosotros supimos que más por allá en una aldea que se llama San Francisco allí habían masacrado a muchas personas, habían matado los ejércitos, habían quemado muchas casas y venían matando a los niños, mujeres... y entonces la gente que se corrieron de allá nos pasaron a avisar que allá venía el ejército matando.

Gente de allá de Yalambojoch y de San Francisco... Nosotros vivíamos más aquí cerca de la frontera. Ellos nos pasaron a avisar. Ellos venían buscando para acá (México). Entonces nosotros nos salimos corriendo y nos vinimos para acá y al llegar el ejército allí no nos encontró.

Este testimonio indica el efecto de alud de la huida. Los sobrevivientes de San Francisco y los primeros huidos de Yalambojoch que acaban de ver la masacre de las mujeres en su caminar presuroso y atemorizado hacia la frontera pasan por poblados, como Yalcastán, y estos son arrastrados a salir con ellos o poco después.

Así como estas aldeas de muchas otras también huyeron sus habitantes a México. Vivieron una experiencia donde se pueden encontrar las tres etapas de los sobrevivientes de la masacre.

El efecto de la masacre fue entonces de vaciar de población toda una zona fronteriza muy amplia y concentrar a la población restante en algunas aldeas controladas por el ejército, como Ixquisis. Desde los hechos consumados puede uno inducir entonces cual fue la lógica de la masacre dentro de la política de tierra arrasada. No fue sólo castigar una población que abastecía a la guerrilla con ganado o que se negaba a dar el secreto del campamento guerrillero, sino estallar un detonante que movilizara a una masa de gente muy numerosa y dispersa por una amplia zona y controlar la restante que se quedaba.

Conclusiones

1. Hemos encontrado en esta terrible masacre en la que mueren a manos del ejército del General Ríos Montt alrededor de 350 civiles de todas las edades y de ambos sexos en la finca-aldea San Francisco un proceso que en el relato de los informantes puede **dividirse en tres etapas**, la de develación de la tragedia que se acerca, la de imposición de la realidad de la tortura y muerte colectiva y la de la insospechada liberación. Con la primera etapa coincide un desencantamiento creciente del ejército, considerado como demente, bestial, caníbal, olvidado de Dios Padre y enemigo, con ser mayoritariamente compuesto por soldados indígenas, de sus hermanos de habla chuj. Con la tercera coincide un inicio de integración y

abrazo, todavía confuso en su definición, hacia todos aquellos que los han acogido y les han brindado hospitalidad, como el gobierno de México, los comités de solidaridad y los grupos de Iglesia que les han ofrecido ayuda. No mencionan los sobrevivientes casi para nada a las organizaciones revolucionarias. Probablemente lo hacen por cubrirse las espaldas. Por fin, con la segunda etapa coincide el paso doloroso en que se impone la muerte física sobre el pueblo y sobre los sobrevivientes la soledad más grande. Se rompen los esquemas de inteligibilidad ante el mal que sufren, no por la naturaleza, sino por el juicio de los hombres, los inocentes, especialmente los niños, los viejos, las mujeres. Se violan las estructuras de la sociedad al matar sin respeto y con patente arbitrariedad a las autoridades. La



La pregunta sin respuesta es por qué han matado a inocentes. La actuación del ejército levanta la pregunta de la conversión del hombre en animal.

noche de horror que se vive no cesa al pasar los sobrevivientes a la libertad, porque la experiencia inexplicable tarda tiempo en asimilarse. La inexplicabilidad se refiere no sólo al por qué de la entrada en la masacre, sino al porqué de la salida de ella.

2. Los elementos para asimilar dichas experiencias están presentes desde la primera etapa, ya que en la historia los pasos de la liminalidad no se definen claramente como en la esfera ritual y en todas las etapas hay elementos presentes que pertenecerían más a las otras. Los elementos de asimilación son las **figuras simbólicas** que median la oposición lógica de la sinrazón del sufrimiento de los inocentes. La mediación es intuitiva y genera lo que suele llamarse fe, que en este caso levanta como unidades de poder no experimentable a Dios Padre y los difuntos, especialmente los masacrados. Esta fe tiene potencialidades tanto mayores cuanto la noche de la que ha surgido es más impenetrable. Entonces es más pura y menos condicionada por otras motivaciones que en vez de ayudarla la entranpan. Esta fe, que se muestra en el rezo en los momentos más desesperados, abre una esperanza y pone en movimiento al hombre para que busque su liberación arriesgando la vida.

3. Hay muchos niveles de profundidad en los que se puede vivir esta experiencia. Sin embargo, al menos hipotéticamente podemos afirmar que la represión ha hecho pasar a **las aldeas que han huido** por el mismo paso de liminalidad horrorosa y que por ella en su población también se ha limpiado esta fe poderosa que puede ser la semilla de una enorme combatividad, de tal modo que no sólo se haya desencantado profundamente del ejército y su gobierno, sino que con un convencimiento mayor, una fe que la llama irresistiblemente desde fuera de ella, esté entregada a luchar contra ese gobierno y ese ejército y a destruirlos. Ellos son para esa población fuente de muerte, pero esta sabrá, sin embargo, que aunque los destruya, no desaparece el mal del mundo cuya explicación escapa a las causas fenoménicas. Por eso, la represión que ha causado miles de miles de refugiados a buscar protección en México es una bomba de tiempo que le estallará al régimen en sus propias manos, es de pensar.

4. **Aquellos que no han podido huir** debido, por ejemplo, a la lejanía de la frontera, ya que son forzados a rendirse y a entregarse al control de

las aldeas modelo probablemente mantendrán sentimientos diametralmente opuestos a la cara que deben presentar ante el ejército para vivir, aunque esa cara salga incluso en declaraciones por la TV. La fuerza no puede hacer que los sujetos que han pasado por la liminalidad histórica vuelvan a la primera etapa desde la tercera. Podrán pasar con el tiempo a una ulterior, pero es difícilmente concebible que regresen a la anterior, como es la intención del ejército. El ejército lo comprende y por eso se deshace de aquellos que son tildados de subversivos, aunque sean cientos, como se dio a conocer en el caso reciente de los campesinos de San Martín Jilotepeque en donde las denuncias (a mediados de octubre) apuntaban a 300 masacrados antes de abrirse a la prensa internacional la aldea modelo de Choatalún. El ejército también pretende cambiar su imagen dándoles alimento, abonos y medicina, pero la fe encierra un elemento de totalidad ante la cual el oportunismo resalta más y es rechazado, aunque el alimento, la medicina y los abonos se acepten. Por eso, la infiltración en esas aldeas será el alambre para hacerlas reventar con el tiempo. Y el ejército, que lo sabe, no puede aflojar el control y la represión, contrarrestando su política de aparente beneficencia.

5. **Para los que desde el principio se han plegado al ejército** y se opusieron al movimiento revolucionario de las guerrillas, las tácticas del ejército son una defensa y una ventaja económica y política. Pero con ellos no hay un paralelismo en la liminalidad porque no hay ningún caso comprobado de que la guerrilla haya sido culpable de una masacre como ésta. La guerrilla suele más bien eliminar a los "orejas" que traen a las aldeas al ejército destructor y a los que actualmente militan convencidos y armados con el ejército. La intención del ejército es provocar, sin embargo, a las guerrillas para que golpeen masivamente a todo tipo de patrullas civiles y si es posible también a sus familiares para que la guerra se extienda de una aldea contra otra, de un tipo de campesinos contra otro, porque entonces estarían generando el mismo horror, esta vez ante la guerrilla, que él ha generado contra sí.

6. En la masacre descrita aparecen algunas **tácticas del ejército** para la contrainsurgencia:

a) El **aislamiento** de hombres y mujeres y de mujeres y niños parece estar ordenado a facilitar la entrega de información sobre el paradero de la

Las explicaciones extrínsecas tampoco son suficientes porque en el fondo se plantea la pregunta por la presencia del mal en el mundo.

guerrilla o sobre colaboradores o sobre la localización de armas, etc. El aislamiento va conjugado con el chantaje a través de las torturas y la muerte que se hace a los seres queridos delante de aquellos cuya resistencia se quiere quebrar. Sin embargo, parece que hay un umbral pasado el cual la resistencia en vez de quebrarse se fortalece, porque las bestialidades del ejército generan una enorme cólera contra él.

b) El **arrasamiento premeditado de una aldea entera** es una forma de ahuyentar a toda una masa de población y de establecer así una franja fronteriza vacía y/o mezclada con población que el ejército controla en aldeas estratégicas. Así se impide que la guerrilla pueda abastecerse, esconderse, informarse, apoyarse en la población civil. Esta táctica tiene el grave inconveniente, para el ejército y gobierno de que los refugiados al huir a México rompen el cerco de información del estado de sitio y ventilan al mundo los horrores de que son culpables. Por el contrario, es de esperar que en las zonas alejadas de la frontera la probabilidad de mayores y más frecuentes masacres sea más alta que en las zonas fronterizas, ya que en esas zonas el ejército no puede deshacerse de la población organizada y consciente.

c) En esas zonas interiores el ejército opera recientemente con un arma nueva que es el **hambre**. Cerca las zonas montañosas o de barrancos donde supone que se encuentran campamentos de población civil que huye aterrorizada e impide el flujo de alimentos de los mercados como sal, azúcar, frijoles. Se han dado casos de campesinos asesinados sólo por cargar un quintal de azúcar sobre sus hombros.

Cuando los campesinos se rinden entonces el ejército liquida a los dirigentes y a los otros los presenta como convertidos, o más aún, como infelices que estuvieron dominados por la fuerza o el temor bajo la guerrilla. El ejército pretende que el hambre sea una especie de situación liminal por la cual se dé un lavado de cerebro colectivo como el que ha aplicado en casos individuales por medio de la tortura clínica.

d) En las aldeas controladas, el ejército forma **patrullas civiles** que le ayudan a dominar la población, a hacer postas nocturnas (por eso, las llaman popularmente "rondas"), a buscar a la guerrilla, a servir de parapeto y de carne de cañón del ejército, a matar a sospechosos aunque sean de los propios hermanos, etc. Estas patrullas, ordinariamente forzadas por el ejército para desempeñar ese papel, se ven limitadas en sus tareas económicas y en su movilidad para buscar trabajo en otras partes del país, como la costa sur. Esta última limitación la resiente también la población controlada de las aldeas modelo. Aunque el ejército goza de la ayuda alimentaria de la FAO no puede pagarle a todos el salario que necesitan y a la larga la gente tenderá a huir, aunque sea con intenciones de volver.

e) La utilización de **soldados indígenas** de lenguas y municipios diferentes para reprimir a la población indígena es una forma de quitarle mordiente a una lucha de clases que estuviera a la vez apoyada por la contradicción étnica. Con eso sale el paso el gobierno a la acusación de genocidio. Pero no se sabe qué cosa es una violación más profunda de la dignidad del hombre, si eliminarlo o convertirlo en bestia.

Washington, D.C.
4 de diciembre de 1982